

Leyendas de los indios norteamericanos

El origen del día y de la noche

ANTES de que existiera el hombre, los animales hablaban y se entendían entre sí, aunque, naturalmente, a menudo tenían serias discusiones.

Cierta vez se reunieron todos en una gran asamblea presidida por Nokosi, el Oso, un malhumorado director de deliberaciones, para decidir la partición del día y de la noche.

Porque, digámoslo ya, en ese tiempo no había día ni noche, sino una especie de aurora indecisa que bañaba a los seres animados y a las cosas en una penumbra permanente.

La asamblea de los animales se congregó en medio de un gran bosque y la reunión fue tumultuosa.

Algunos deseaban que no hubiese nunca día: eran el buho, el hurón, la comadreja, la serpiente de cascabel, el coyote de las praderas.

Otros no querían, contrariamente, que existiera la noche: eran el linco, el jabalí, el alce, el águila.

Parecía que no se llegaría jamás a un acuerdo cuando pidió la palabra la ardilla de tierra.

La ardilla de tierra se llamaba Chew-Tlok-Chew y era muy conocida en el reino animal por su fecundidad en recursos. Al ver que la discordia amenazaba a la asamblea de animales se irguió sobre sus patitas traseras y muy derecha sobre el tronco que servía de tribuna, a los oradores dijo:

—Creo tener la solución. Wotko, el ratón, luce en su cola un anillo claro y otro oscuro, uno claro y otro oscuro, uno claro y otro oscuro y así hasta que la cola se termina. Propongo por lo tanto, que al igual que la cola del ratón, los días y las noches sean iguales y que se sucedan alternativamente unos tras otros.

Los animales quedaron sorprendidos ante la sabiduría de la ardilla de tierra y aplaudieron estrepitosamente su idea. Y desde ese entonces las noches y los días tuvieron orden regular, pues la voluntad de la asamblea de animales regía todos los fenómenos naturales.

Solamente Nokosi, el oso, quedó desconforme. Unos dicen que fue por celos, dado que una bestia tan pequeña como la ardilla de tierra demostró ser inteligente.

Otros dicen que fue por su haraganería, ya que era partidario de



la noche para dormir a pata suelta.

Lo cierto fue que cuando la desprevenida ardilla se puso a tiro, Nokosi le propinó un zarpazo en el olomo. Por eso es que desde entonces las ardillas de tierra tienen el olomo rayado.

El origen del fuego

YA los hombres habían aparecido sobre la faz de la tierra, pero todavía no sabían hacer fuego.

Lo conocían, eso sí, porque a veces el rayo incendiaba los árboles de los bosques y también lo veían brotar como rojas lenguas del cráter de los volcanes. Pero no sabían encenderlo, ni conservarlo aún.

Entonces decidieron que el conejo fuera en busca del fuego.

El conejo era sabio, era prudente, era astuto. Cuando supo la difícil misión que se le había encargado se rascó la barbilla, quedó un rato pensativo, y al fin aceptó acometer la empresa. Y se puso en viaje convenientemente pertrechado.

Atravesó a nado el agua grande, en dirección al Este. Nadó día y noche sin cansancio, favorecido por los poderes sobrenaturales que siempre había ostentado.

Al cabo de su viaje llegó a una tierra extraña, donde fue amablemente acogido por sus habitantes, quienes organizaron una danza en su honor, alrededor del fuego sagrado.

El conejo entró en la danza ves-

tido de modo apropiado, pues llevaba en la cabeza un sombrero adornado con cuatro bastoncillos de resina sólida o colofonia.

Como todos danzaban se acercó lentamente al fuego sagrado que ardía en el centro. Cuando los bailarines se inclinaron, él también se inclinó sobre la llama y entonces los bastoncillos comenzaron a arder.

Al ver el buen éxito de su treta, el conejo huyó con la cabeza coronada por una flor de fuego, perseguido por los furiosos danzarines que lo acusaban de haber profanado la hoguera sagrada.

El pobre conejo corrió sin descanso, aunque agobiado por el peso que llevaba en su cabeza. Ya estaban por alcanzarlo sus perseguidores cuando llegó a orillas del mar y se sumergió en las aguas.

Y mientras los burlados dueños del fuego lo miraban, el conejo comenzaba su travesía, con su cabeza semejante a una cuádruple y curiosa antorcha encendida sobre el Océano.

Nadó días y más días. Al fin llegó a su tierra natal y les entregó a los indios Creek el benéfico fuego venido del Este. *Adaptación de Daniel B. Vidant*

